

El léxico científico de Quevedo (I)

José Julio Tato Puigcerver
Alicante

Continuamos con la publicación de términos procedentes del *Léxico científico* de las obras de Quevedo que está realizando nuestro colaborador José Julio Tato.

Abada: ver Covarrubias voz *bada*: «Animal ferocísimo, dicho por otro nombre más común rinoceronte. En nuestros días trujeron al rey Felipe II, que santa gloria haya, una bada, que por mucho tiempo estuvo en Madrid; y en *Autoridades*: «la hembra del rinoceronte». En *Corominas*: «‘rinoceronte’, el portugués *abada* y este del malayo *badag*. Por error afirma *Autoridades* que sólo designa la hembra del rinoceronte. Primera documentación 1582». Ver en Quevedo: «y en la abada, que se muestra muralla viva de cuatro pies»¹.

Abeja: ver Covarrubias «animalito conocido, insecto que vuela, y cogiendo rocío de una y otra flor, nos cría un licor tan dulce como es la miel». Covarrubias remite a Plinio, lib. 11, primeros capítulos, en realidad, los capítulos 5 al 20. Hay muchos pasajes curiosos en Quevedo: «como las abejas que de varias flores sacan aquel licor suave»²; «¿Quién, en tan pequeño jornalero como la abeja cerró ingenio geométrico?»³; «La abeja, dice Aristóteles, saca su miel de las flores, sin dejarlas ajadas ni marchitas, sino enteras y frescas como antes»⁴; «Las arañas no matan las abejas; mas si se detienen en los panales, dañan y corrompen su miel, y enredan y rompen los hilos de la tela que hacen, quedando las abejas sin

¹ *Providencia de Dios*, en *OC*, p. 1550.

² *Sentencias*, en *OC*, p. 1182.

³ *Providencia de Dios*, en *OC*, p. 1585.

⁴ *Introducción a la vida devota*, en *OC*, p. 1752. Para las siguientes citas de Quevedo, ver la misma obra, pp. 1772, 1778, 1796, 1805, 1818, 1823, 1837, 1844, 1849 y 1864.

poder continuar en su obra»; «como las abejas, que no dejan la flor hasta que hallan la sabrosa miel»; «Que como la abeja, habiendo recogido sobre las flores el rocío del cielo y el zumo más exquisito de la tierra, y habiéndolo reducido a miel lo lleva a su colmena»; «las abejas en el tiempo que hacen la miel comen y se sustentan de un mantenimiento muy amargo»; «Los zánganos hacen mucho más ruido y andan mucho más embarazados que las abejas; pero no hacen la miel, sino la cera»; «Las abejas no sólo no quieren tocar los cuerpos muertos, sino que huyen y aborrecen con extremo toda suerte de hediondez y mal olor»; «Vemos que las abejas que hacen la miel de Heraclia no buscan sino la miel, pero con ella chupan insensiblemente las calidades venenosas del acónito, sobre el cual hacen su cosecha»; «Y como las abejas no hacen otra cosa sino la miel con su pequeña boquilla»; «las abejas, viendo revuelto el aire en tiempo nublado, se retiran a sus colmenas a mirar por su miel»; «Las abejas no pueden residir en lugares donde se oyen los ecos y zumbidos y las repeticiones de voces». *Rey de las abejas*: Plinio, tras nombrar al rey de las abejas y a la reina, afirma no estar claro entre los autores si el Rey tiene aguijón⁵. En el capítulo 11, afirma que los zánganos no tienen aguijón, como abejas imperfectas. Ver en Quevedo «el rey de las abejas no se sienta en los campos si no está rodeado de todo su pequeño pueblo»⁶.

Ablandar el pecho: es decir, aliviar el ‘pecho áspero’, como hoy, bronquitis seca; ablandar el pecho es dar expectorantes, jarabes u otros, para aliviarlo. En Quevedo «ni digan: *Ablanda ese pecho endurecido*; que si es enfermedad y le tiene áspero, por eso se permiten médicos y cirujanos que remedien ese mal»⁷.

Absceso: «el bulto o tumor que se hace en alguna parte del cuerpo por haberse juntado en ella mucha porción de humor, que impide la circulación de la sangre, que detenida se extravena, se corrompe y hace materia. Es palabra puramente latina, y del uso de los cirujanos» (*Aut*); y en Covarrubias en la voz *apostema*: «Que algunos llaman postema. [...] Es nombre griego [...] αποστημα, *suppuratio*»; ver también Corominas: «1555, Tom. del lat. *abscessus*, -us, íd. deriv. de *abscedere* ‘separarse’ (por levantarse más que la piel del entorno)»; ver en Quevedo: «en los extremos de las enfermedades, aunque puedan curar algunas veces, pocas veces se vio un absceso de alguna parte principal»⁸. Sólo encuentro esta cita de «absceso» en la edición de Buendía. Dado que las *Sentencias* son

⁵ Plinio, *Historia natural*, libro 11, cap. 17.

⁶ *Introducción a la vida devota*, en *OC*, p. 1798.

⁷ *Premática que en este año...*, en *OC*, p. 66.

⁸ *Sentencias*, en *OC*, p. 1221.

de dudosa atribución a Quevedo y que éste en sus cartas, cuando escribe de sus enfermedades, tampoco usa esta voz, sino «herida», «apostemilla», «postema», «apostema», no la considero una cita fiable, pero sí quizás útil para descartar que esta sentencia sea de Quevedo.

Acabar (matar o morir): en Covarrubias: «también vale morir, acabamiento, muerte, vale matar»; ver en Quevedo: «se esforzó en tirar dos coces, y de puro flaco se desgajaron las ancas y se quedó en el lodo bien cerca de acabar»⁹; «que el mucho beber le acabó»¹⁰; «que de compasión los llevan al hospital donde acaban»¹¹; «las ponzoñas y venenos no son naturales para el hombre, pues le acaban»¹². *Acabar con el enfermo*: «tornarlo a hacer, hasta que, o acabes con el enfermo o con la enfermedad»¹³. *Acabar con la vida (eutanasia)*: «En la enfermedad sin remedio, es caridad que el medicamento acabe la vida, y desesperación dejarla que se acabe»¹⁴.

Accidente: unas veces significa síntoma, y otras la enfermedad misma. Los accidentes, así como los movimientos del ánimo, son una de las *sex res non naturales* de la doctrina galénica. Ver García Ballester, en la entrada de *Galeno*: «Lain¹⁵ pone de relieve la simultánea e indistinta utilización que Galeno hace de los términos *symptoma* y *symbebekós* y recuerda que esta última palabra fue un tecnicismo acuñado por Aristóteles para designar el “accidente” por oposición a la “sustancia”, es decir el carácter no necesario unido a una sustancia. Los síntomas son accidentes de esa alteración de la sustancia a que llamamos enfermedad. En una palabra, son las realizaciones concretas de la enfermedad en tanto alteración pasiva de las funciones vitales determinadas por la causa sinéctica»¹⁶. Ver Covarrubias: «Decimos comúnmente el accidente de la calentura y otra cualquiera indisposición que de repente sobreviene al hombre». Ver también la definición: «Llaman los médicos la enfermedad o indisposición, que sobreviene y acomete, o repentinamente, o causada de nuevo por la mala disposición del paciente. Lat. *Symptoma*». También aparece en Dubler: «también significa accesión de la fiebre. [...] Síntoma grave [...] inopinadamente». Véanse los siguientes pasajes en Quevedo: «Aquel que

⁹ *El Buscón*, en *OC*, p. 326.

¹⁰ *Discurso de todos los diablos*, en *OC*, p. 237.

¹¹ *Genealogía de los modorros*, en *OC*, p. 52.

¹² *La cuna y la sepultura*, en *OC*, p. 1341.

¹³ *Libro de todas las cosas*, en *OC*, p. 127.

¹⁴ *Chitón*, en *OC*, p. 904.

¹⁵ Lain Entralgo, 1950, p. 118.

¹⁶ García Ballester, 1972, p. 180.

desea con ansia mucho tiempo y con inquietud el beber, aunque el tal no quiera beber sino agua, no deja por eso de dar muestras de tener accidente. [...] Los que le tienen beben el agua que les dan con una cierta ansia, con una suerte de atención y gusto, lo cual falta en los que están sanos»¹⁷; «Saludable no saber siempre el origen de los accidentes»¹⁸; «Todo vive sujeto a la fragilidad y al accidente»¹⁹; «al señor doctor lo llama... que le ha dado un accidente al señor obispo»²⁰; «Decir que los cuerpos celestes son causas, es decir las causas de la espada son el fuego y el martillo; pero ¿quién sujeta el artífice al instrumento? El arbitrio de los hombres no está sujeto al astro directamente, sino por accidente, en cuanto recibe el cuerpo influencia del cielo, como también el espíritu animal tenue y corpóreo, y los humores mismos»²¹; «que en los ojos de la cara suele haber por mil leves accidentes, telillas, cataratas, nubes y otros muchos males»²². *Accidente que desconcierta el pulso*: «¿Qué tiene que ver el culo con el pulso? como si dijieran de una cosa que no da cuidado ninguno y muy con verdad comparándola a otra que de cada accidente se desconcierta»²³.

Acero: no encontramos en la obra en prosa referencia alguna a la costumbre de tomar acero; sí se encuentra en la obra poética y *Autoridades* pone un ejemplo: «Remedio que se da a los que están opilados, que se compone del acero, de diversas maneras preparado. “La morena que yo adoro / y más que a mi vida quiero, / en verano toma el acero / y en todos tiempos el oro”²⁴». Ver también Covarrubias: «Acero. Es hierro purificado, uno se halla natural y otro es artificial, derritiendo el hierro. [...] Acerado, lo que está fortificado con el acero. Vino acerado, y agua acerada, donde se echa un pedazo de acero, muy encendido, de que usan para algunos remedios medicinales. *Vide Dioscoridem, et ibi Lagunam*, lib. 5, cap. 46». Ver otros pasajes en Quevedo: «como el acero de una espada fina, que rompe llegado a su punto»²⁵; «Es la adversidad en el príncipe el esmeril en el acero, que le quita el orín de la ignorancia, arrogancia, locura y desagrado, y le pone resplandeciente»²⁶.

¹⁷ *Introducción a la vida devota*, en *OC*, p. 1825.

¹⁸ *Sentencias*, en *OC*, p. 1173.

¹⁹ *Sentencias*, en *OC*, p. 1137.

²⁰ *Libro de todas las cosas*, en *OC*, p. 128.

²¹ *Sentencias*, en *OC*, p. 1140.

²² *Gracias y desgracias del ojo del culo*, en *OC*, p. 106.

²³ *Gracias y desgracias del ojo del culo*, en *OC*, p. 109.

²⁴ *PO*, núm. 655, vv. 1-4.

²⁵ *Sentencias*, en *OC*, p. 1196.

²⁶ *Sentencias*, en *OC*, p. 1131.

Achaque: en Covarrubias se define: «Achaque vale, algunas veces, indisposición que aun no rinde del todo al paciente, ni le derrueca en la cama, sino que la pasa en pie». En *Autoridades*: «Vale tanto como enfermedad, indisposición, o vicio de la naturaleza. Por antonomasia se entiende la regla o menstruio de las mujeres, y así estar con el achaque es lo mismo que estar con la regla». *Autoridades* da como ejemplo unos versos de Quevedo: «Tratose de faltas / murmurando de otras, / maridos y achaques / todo es una cosa»²⁷. En Corominas: «Achaque 1224, enfermedad habitual. Achacoso, hacia 1400». Ver en Quevedo: «y es como lo que pasa en la vida humana, todos mueren de hombres, y no de enfermos; que ese es el achaque»²⁸; «tan sin voz estaban los achaques en los ancianos»²⁹; «Levantáronse todos, y yo tomé por achaque los azotes para no vestirme»³⁰; «Diole una enfermedad, que para sus años cada hora más es achaque desahuciado»³¹; «No hay cosa suya [de los boticarios] que no tenga achaques de guerra y que no aluda a armas ofensivas»³²; «parecen a los que por cualquier suerte de achaque toman medicinas, los cuales pensando conservar la salud, la estraigan del todo»³³. *Achaque de enfermo*: «a las doncellas opiladas, las cuales no están enfermas, pero todos sus achaques son de enfermo; comen sin gusto, duermen sin reposo, ríen sin alegría, y antes querrían que las arrastraran que caminar cuatro pasos»³⁴. *Achaquero*: no encuentro este término en ningún diccionario. «No apruebo yo andar acusando erratas, ni soy de los lectores achaqueros a fuer de Mesta, cuando las locuras se escriben a cántaros y borbotones»³⁵.

Acíbar: define Covarrubias como: «El jugo de las pencas de una hierba babosa que comúnmente se llama *şcabira* o *şcabila*, corrompido del vocablo arábigo *ciberum* [...] el enfermo que la ha de tomar en bebida ha de sufrir mucho por su gran amargura». Ver en Quevedo «y no tienes asco del acíbar de mis ofensas»³⁶.

Aciago: en Covarrubias se define: «Día infeliz, desgraciado, prodigioso y de mal agüero, el cual tomaron los malos sucesos que en tales días les han sucedido»; y en Corominas: «Voz semiculta del lat. *aegyptiacus* 'egipcio' que en la Edad Media se aplicaba a

²⁷ *PO*, núm. 772, vv. 149-52.

²⁸ *Sueño de la muerte*, en *OC*, p. 230.

²⁹ *Hora de todos*, en *OC*, p. 283.

³⁰ *El Buscón*, en *OC*, p. 336.

³¹ *Grandes anales de quince días*, en *OC*, p. 834.

³² *Sueño de la muerte*, en *OC*, p. 196.

³³ *Introducción a la vida devota*, en *OC*, p. 1812.

³⁴ *Introducción a la vida devota*, en *OC*, p. 1757.

³⁵ *Perinola*, en *OC*, p. 511.

³⁶ *Virtud militante*, en *OC*, p. 1468.

ciertos días del año considerados infaustos o peligrosos». Ver en Quevedo: «tan aciago, que aun para martes sobras»³⁷ «y aciagos los *idus* de marzo»³⁸.

Acomodar [un cadáver] en pasteles: «Pero tales voces como venían detrás de un malaventurado pastelero no se oyeron jamás de hombres hechos cuartos; y pidiéndole que declarase en qué había acomodado sus carnes confesó que en los pasteles; y mandaron que les fuesen restituidos sus miembros de cualquier estómago en que se hallasen»³⁹; «pero yo entiendo que los pasteleros de esta tierra nos consolarán acomodándole en los de a cuatro»⁴⁰. El tío de Pablos, verdugo, le escribe contando cómo ahorcó al padre y luego le hizo cuartos, como se hacía con los ajusticiados, y lo repartió por los caminos. Este pasaje cruel por lo casi indiferente que es la actitud del narrador personaje (tío de Pablos) y del narrador protagonista (Pablos), y más indiferente y distanciado y casi minimalista en lo atroz, el narrador autor (Quevedo), hace referencia a la creencia de que los pasteleros utilizaban los cuerpos de ajusticiados para hacer pasteles de carne. En otro lugar del *Buscón*, Pablos y sus compañeros, al sentarse a comer pastel, dicen una oración por el desgraciado cuyas eran aquellas carnes: «Parecieron en la mesa cinco pasteles de a cuatro, y tomando un hisopo, después de haber quitado los hojaldres, dieron un responso todos, con su *requiem aeternam*, por el ánima del difunto cuyas eran aquellas carnes»⁴¹. Es muy común en Quevedo la crítica a la adulteración de alimentos, bebidas, medicinas, etc., por hospederos, pasteleros, bodegueros, boticarios. Ver también en *Sueños*⁴² cómo uno que dice que entierra difuntos es acomodado entre los pasteleros.

Acónito: ver la definición en el *Suplemento* de Covarrubias: «El rejalgar venenoso de una planta dicha así. Dice Dioscórides que su tallo es alto de un palmo, y la raíz se parece a la cola de un escorpión y le reluce como alabastro. [...] Verás a Dioscórides, lib. 4, cap. 79, y allí a su comentador Laguna. Plinio, lib. 27, cap. 2». Interesante Plinio, *Historia natural*, lib. 21, cap. 13: «De la miel ponzoñosa y de los remedios de la miel que causa locura». Menciona Plinio la miel de Heraclea del Ponto, que envenena, y otra de Samnos que causa locura. Francisco Hernández, en su comentario, para el remedio remite al cap. 75 del libro segundo de Dioscórides. Quevedo ofrece varios pasajes curiosos: «La miel de He-

³⁷ *Sueño de la muerte*, en *OC*, p. 218.

³⁸ *Marco Bruto*, en *OC*, p. 954.

³⁹ *Sueño del juicio final*, en *OC*, p. 143.

⁴⁰ *El Buscón*, en *OC*, p. 342.

⁴¹ *El Buscón*, en *OC*, p. 355.

⁴² *Sueños*, en *OC*, p. 151.

raclia es más dulce a la boca que la ordinaria, por causa del acónito, que la da aún mayor dulzura [...] luego que se ha comido causa un desvanecimiento de cabeza [...] turba la vista»⁴³; «Vemos que las abejas que hacen la miel de Heraclia no buscan sino la miel, pero con ella chupan insensiblemente las calidades venenosas del acónito, sobre el cual hacen su cosecha»⁴⁴.

Ánimo: Los accidentes, así como los movimientos del ánimo, son una de las *sex res non naturales* de la doctrina galénica. Covarrubias lo define como: «Significa ordinariamente valor y brío». Ver también *humor*. Compárese los siguientes pasajes: «Yo he sustentado a vos y sacádoos de las cárceles con industria, y mantenido en ellas con dinero. Si no confesábades ¿era por vuestro ánimo o por las bebidas que os daba? Gracias a mis botes»⁴⁵; «El amor de los ánimos, más durable que el de los cuerpos»⁴⁶; «Sepultura del ánimo un cuerpo triste»⁴⁷; «Medicina del ánimo la comunicación del amigo»⁴⁸; «que requieren mucho ánimo y valentía»⁴⁹; «sino el ánimo hace grandes a los hombres»⁵⁰; «El afecto interior de cada uno y sus afectos obran según el minero del ánimo y natural por donde pasan»⁵¹.

Catarro: en Covarrubias: «La distilación que cae de la cabeza a la garganta y al pecho, es nombre griego κατάρροϋς. [...] Lo mesmo significa romadizo, del nombre griego ρευμα, *reuma, fluxus, cuasi* reumadizo. Algunos le llaman *dexenxo, cuasi descensus*. Proverbio: “No huelo nada, que estoy romadizada”. También define Covarrubias en *Distilatorio*: «Distilación, lo que por otro nombre llamamos catarro, porque se distila de la cabeza por las narices o al pecho, la pituita o humor flemático». Ver también Corominas: «Tom. del lat. *catarrhus*, y este del gr. *katárrhus*». Ver también Pagel: «Teoría antigua del catarro. El *catarro* significaba el flujo de mucosidades desde el cerebro, a través de los agujeros del cráneo, hacia distintos órganos, especialmente el aparato respiratorio y las articulaciones. La acción corrosiva de tales mucosidades tenía que explicar la enfermedad en la mayoría de sus manifestaciones, como desplazamientos y acciones humorales. Van Helmont se enfrentó a esto [...] la terapia de Van Helmont es una lucha contra la locura

⁴³ *Introducción a la vida devota*, en *OC*, pp. 1834-35.

⁴⁴ *Introducción a la vida devota*, en *OC*, pp. 1837.

⁴⁵ *El Buscón*, en *OC*, p. 322.

⁴⁶ *Sentencias*, en *OC*, p. 1174.

⁴⁷ *Sentencias*, en *OC*, p. 1176.

⁴⁸ *Sentencias*, en *OC*, p. 1176.

⁴⁹ *Defensa de Epicuro*, en *OC*, p. 1088.

⁵⁰ *Sentencias*, en *OC*, p. 1186.

⁵¹ *Sentencias*, en *OC*, p. 1218.

del catarro (*catarrhi deliramenta*)»⁵². Nos explica perfectamente Pagel que ésta teoría del catarro fue la piedra angular de gran parte de la patología, de la teoría de la enfermedad, hasta que Van Helmont, con su idea de la enfermedad como algo en sí mismo y local sentó las bases de lo que hoy entendemos por tal. Van Helmont daba como cierta la existencia de un ser real, una semilla o semen que se introducía en el organismo desde el exterior y actuaba en él como una espina clavada en la carne (*spina infix*a). Esta intromisión originaba alteraciones reactivas por parte del *locus*. Van Helmont murió un año antes que Quevedo. Luis Lobera de Ávila (1544) titula uno de los capítulos de su libro *De las cuatro enfermedades cortesanas* de esta manera: «Del catarro que es flujo: o corrimiento de humores que bajan del cerebro a los miembros inferiores, principalmente al pecho». En Quevedo: «comienzo a toser, y andaba una tosidura de Barrabás; remedábamos un catarro, y parecía que habían echado pimienta en la iglesia»⁵³; «y dos remedios para el catarro que tenía de la frialdad de la cárcel»⁵⁴; «No se vió jamás socorrido de pañizuelos mi catarro, que, afilando el brazo por las narices, me pavonaba de romadizo»⁵⁵. *Estar acatarrada*: «Y si el no dar tiene por mal olor, procure estar acatarrada o tápese las narices, porque la encalabrarán los malos humores»⁵⁶. *Acatarrado*: «Príncipes, si me cogen acatarrado, me destruyen. Por un sentido que me dejaron libre se perdieron: no hay cosa como oler»⁵⁷.

Excremento de lagarto, bueno para los ojos: (ver *Celidonia* ya publicada). «Yo no sólo he creído que los excrementos de golondrina tienen propiedad de cegar, sino que he llegado a pensar sirven para limpiar las cosas que salen en la pupila, resultando útil en forma de colirios. Se recomienda la basura de las palomas y de los lagartos porque tienen una fuerza grande para limpiar sin excederse»⁵⁸. También en Plinio: «Hay otro cocodrilo semejante a él, muy inferior a su grandeza, que solamente vive en la tierra [comentario de Huerta: “Al cocodrilo terrestre llamamos lagarto”], y con olorosas flores. Por esto se buscan diligentemente sus excrementos, por estar llenos de agradable olor, llámanlos crocolidea, utilísimos para los males de los ojos, aplicados en unturas con zumo de puerro y contra las sufusiones y nieblas»⁵⁹. Ya Celso dice que la san-

⁵² Ver Pagel, 1982.

⁵³ *El Buscón*, en *OC*, p. 389.

⁵⁴ *El Buscón*, en *OC*, p. 372.

⁵⁵ *Sueño de la muerte*, en *OC*, p. 214.

⁵⁶ *Epístolas del caballero de la tenaza*, en *OC*, p. 88.

⁵⁷ *Hora de todos*, en *OC*, p. 264.

⁵⁸ Vallés, *Libro singular*, p. 334.

⁵⁹ Plinio, *Historia natural*, libro 28, cap. 8.

gre de golondrina cura las enfermedades de la vista; y Matthioli, en sus comentarios y traducción de Dioscórides, dice que la ceniza de la golondrina es buena para la ceguera. Feijoo, en su *Teatro crítico*, refuta estas ideas.

Fijar el mercurio al martillo: «Cuál estaba fijando el mercurio al martillo; y habiendo resuelto la materia viscosa y ahuyentado la parte sutil, lo corruptivo del fuego, en llegándose a la copela, se le iba en humo»⁶⁰. Fijar el mercurio a martillazos, por la propia naturaleza del mismo, es un imposible a no ser que se refiera al cinabrio. Sin embargo es más probable que se refiera al intento de convertir el mercurio en plata, susceptible de trabajarse con el martillo. Un texto de Dioscórides, traducido por Andrés de Laguna, aclara esto perfectamente, y despierta la sospecha de que Quevedo lo conocía: «Llaman Mercurio al azogue los alquimistas y tienen por cosa muy resoluta, que puede transformarse en cualquier metal como apta y natural materia de todos. Empero de aquesto se dan a cien mil diablos, que viéndole en *potentia propinqua* de ser purísima plata, no lo pueden jamás cuajar, ni reducir a que obedezca al martillo, aunque gastan toda su hacienda en carbón y soplan toda la vida. Y a la verdad, como Mercurio fue siempre un gran burlador, así el azogue les da finalmente el pago que ellos por su vanidad merecen, porque son ordinariamente hombres vanos y perniciosos de la República»⁶¹.

Gordo: son muy interesantes los pasajes de Quevedo sobre la gordura y sus consecuencias psicológicas y fisiológicas. «El hombre gordo es mucho hombre y grande hombre en el peso y en la medida, no en el valor; porque el que es abundante de persona, la vida está cargada y la mente impedida; y como sus acciones obedecen perezosas a su demasía de cuerpo, así sus sentidos no pueden asistir desembarazados al dictamen del juicio. Ponen toda su conveniencia en el alimento, son tiranizados de la comodidad, y su diligencia no sale de pretender agrandar con las galas la vista ajena, y con las golosinas la propia boca [...]. Al contrario los ciudadanos flacos y descoloridos, como los gruesos alimentan sus estómagos de su entendimiento, éstos hacen alimento de sus entendimientos sus estómagos. Digiérelas su imaginación las personas, bébeles la sangre su entendimiento, por eso su tez está mal asistida de su sangre. Tienen descolorido el rostro, y colorado el corazón»⁶². Ver también *hombre gordo y flemón*: «Que no tenga tan mala condición que no la pueda esperar un hombre gordo y flemón»⁶³.

⁶⁰ *Sueños*, pp. 238-39.

⁶¹ Dioscórides, *Acerca de la materia medicinal*, p. 541.

⁶² *Marco Bruto*, en *OC*, pp. 936-37.

⁶³ *Capitulaciones matrimoniales*, en *OC*, p. 566.

Humor: en la concepción vigente en la época se consideraba, siguiendo a Galeno, la existencia de cuatro humores: uno seco y caliente, la bilis amarilla o cólera; otro, húmedo y caliente: la sangre; otro húmedo y frío: la flema o pituita; y, por último, uno frío y seco: la bilis negra. El predominio de un humor definía el temperamento: colérico, sanguíneo, flemático, melancólico. Cualquier trastorno en el equilibrio de estos humores era causa de una enfermedad y, para restablecer este equilibrio, se utilizaban lo que en la doctrina galénica se llamaron las *sex res non naturales*: el aire, el sueño y la vigilia, la bebida y la comida, las excreciones y repleciones, y los accidentes y movimientos del ánimo. De ahí la importancia en la época de saber las características de un clima, o de si una legumbre era fría o caliente, seca o húmeda, etc. Eran conocimientos necesarios para elegir lo más conveniente para el enfermo y el hombre sano en su régimen de vida, en su dieta (*diata*), en el tratamiento según su temperamento. Así para un viejo era adecuado evitar aquello que fuera frío y seco, ya que éstas eran las características de la vejez, y para un colérico, en el que predominaba la bilis amarilla o cólera (caliente y seca), se prescribía un régimen de vida donde predominaran los actos y alimentos que le proporcionaran la humedad y frialdad necesaria para volver a un equilibrio que era la salud en sí misma. Confróntese estos pasajes: «acciones de príncipes varias tanto cuanto son los humores de los hombres»⁶⁴; «no es del humor del autor ésta añadidura, pero es del humor que corre»⁶⁵; «Está en el concierto de los humores la salud de la vida humana. Como muerte cierta la vida que está sujeta a un humor solo; así la que depende del humor de uno, aunque sea el mejor de los elementos»⁶⁶; «Tocolo y cayéndole de los ojos a manera de escamas el humor que le coció en cataratas la fuerza de aquel rayo»⁶⁷; «que no hay que curar un humor sin la ayuda de los otros, como ni templar un elemento sin ayuda de otros locura curar todos los humores con una medicina y más en un mismo tiempo»⁶⁸; «La conservación de reyes y reinos es como la del cuerpo humano que humores, aunque no buenos, por contrarios unos a otros tienen en concierto al cuerpo, que si un humor solo predomina, no vivirá mucho el cuerpo, como si todo fuese cólera, abrasarlo ha todo»⁶⁹.

Natural: en la concepción galénica las cosas se dividían en tres categorías: 1.- *naturales*: lo innato al cuerpo y a la naturaleza: ele-

⁶⁴ *Sentencias*, en *OC*, p. 1194.

⁶⁵ *Sentencias*, en *OC*, p. 1215.

⁶⁶ *Sentencias*, en *OC*, p. 1194.

⁶⁷ *Vida de San Pablo*, en *OC*, p. 1646.

⁶⁸ *Sentencias*, en *OC*, p. 1201.

⁶⁹ *Sentencias*, en *OC*, p. 1178.

mentos, temperamento, humores, funciones, facultades...; 2.- *non naturales*: las *sex res non naturales*; 3.- *praeternaturales*: lo antinatural, como la enfermedad. Lo natural es ajeno a la voluntad humana; lo preternatural, no. Ver también Covarrubias: «Todo aquello que es conforme a la naturaleza de cada uno. Nombre sustantivo, vale ingenio o inclinación, como hombre de buen natural». Compárese los siguientes pasajes: «las ponzoñas y venenos no son naturales para el hombre, pues le acaban»⁷⁰; «[dice Séneca] porque es cosa natural enviar muchas veces la mano o irse ella y la consideración a aquella parte que nos duele, y hacer demostraciones del sentimiento hacia el lugar en que está el dolor que le ocasiona»⁷¹; «su hermano, cuyo natural da buenas promesas a nuestro acecho»⁷²; «y como es natural amar cada uno a su semejante»⁷³; «Solas aquellas cosas debemos llamar naturales, que son la conservación de la compostura y orden deste compuesto de cuerpo y alma, y contranaturales las que procuran lo contrario»⁷⁴; «de ser la cumbre el punto natural de la abajada»⁷⁵; «Como el deseo de saber es tan natural a los hombres, en ignorar padece el alma violencia»⁷⁶; «aborrecible estado aún al de mejor natural»⁷⁷; «El afecto interior de cada uno y sus afectos obran según el minero del ánimo y natural por donde pasan»⁷⁸; «según su natural»⁷⁹; «Todo cuanto en ellas ves es tienda y no natural»⁸⁰.

Scilla: «Y luego ensartan nombres de simples que parecen invocaciones de demonios: *Buphthalmos opopanax*, *leontopetalon*, *tragoriganum*, *potamogeton*, *senipugino*, *diacathalicon petroselium*, *scilla*, *rapa*: Y sabido qué quiere decir tan espantosa barahúnda de voces tan rellenas de letrones, son zanahorias, rábanos, y perejil y otras suciedades»⁸¹. Puede referirse al *Asphódelos* o a la *Urginea maritima*, llamadas en griego *αγριόσκιλος* y *αφροσκίλα* respectivamente. Esta última tiene un bulbo muy grande que aún hoy usan los campesinos griegos para confeccionar un matarratas. Del griego *skilla* (Σκίλα); planta liliácea⁸². En la edición de Fernández-Guerra⁸³ se identifica como cebolla albarrana (la cebolla albarra-

⁷⁰ *La cuna y la sepultura*, en *OC*, p. 1341.

⁷¹ *Sentencias*, en *OC*, p. 1120.

⁷² *La hora de todos*, en *OC*, p. 284.

⁷³ *La hora de todos*, en *OC*, p. 292.

⁷⁴ *La cuna y la sepultura*, en *OC*, p. 1340.

⁷⁵ *Sentencias*, en *OC*, p. 1198.

⁷⁶ *Sentencias*, en *OC*, p. 1246.

⁷⁷ *Sentencias*, en *OC*, p. 1218.

⁷⁸ *Sentencias*, en *OC*, p. 1218.

⁷⁹ *El mundo por de dentro*, en *OC*, p. 185.

⁸⁰ *El mundo por de dentro*, en *OC*, p. 192.

⁸¹ *Sueño de la muerte*, en *Los sueños*, ed. Arellano, 1991, pp. 317-19.

⁸² Ver Pounin, 1974, pp. 581-82.

⁸³ *Obras*, 1946, p. 334, nota b.

na figura entre lo que usaba Celestina para remedar virgos). Ver también Font Quer: «Urginea maritima Baker. [...] conocida también como bolla de porco o de ratón, porque mata ratones. Se empleó como vomitiva, expectorante, como diurético. Dioscórides, lib. 3, cap. 162, comenta Laguna: “Lo que los griegos llamaron *scila* llaman los latinos *squilla* [...]. En Castilla la llamamos cebolla albarrana”⁸⁴.

APÉNDICE

Otros términos de «El léxico científico de Quevedo» publicados en *La Perinola*: Tato Puigcerver, J. J., «Más sobre médicos», *La Perinola*, 5, 2001, pp. 323-27:

Aceite de matiolo.

Celidonia.

Charquías.

Demonio meridiano.



⁸⁴ Font Quer, 1953.

BIBLIOGRAFÍA

- Aut*, *Diccionario de Autoridades*, Madrid, Gredos, 1990, 3 vols.
- Corominas, J., *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*, Madrid, Gredos, 1973.
- Covarrubias, S. de, *Tesoro de la lengua castellana o española*, Barcelona, Alta Fulla, 1989.
- Covarrubias, S. de, *Suplemento al tesoro de la lengua española*, ed. G. Dopico y J. Lezra, Madrid, Ediciones Polifemo, 2001.
- Dioscórides Anarbaseo, P., *Acerca de la materia medicinal y de los venenos mortíferos*, tr. A. de Laguna, Amberes, 1555.
- Dubler, C. E., *La materia médica de Dioscórides: transmisión medieval y renacentista*, Barcelona, s. i., 1953-1959, 6 vols.
- Font Quer, P., *Diccionario de Botánica*, Barcelona, Labor, 1953.
- García Ballester, L., *Galeno en la sociedad y en la ciencia de su tiempo: (c. 130-c. 200 d. de C.)*, Madrid, Guadarrama, 1972.
- Lain Entralgo, P., *La historia clínica: historia y teoría del relato patográfico*, Madrid, CSIC, 1950.
- OC, Quevedo y Villegas, F. de, *Obras completas, Obras en prosa*, ed. F. Buendía, Madrid, Aguilar, 1974.
- Pagel, W., *Paracelsus: An introduction to philosophical medicine in the era of Renaissance*, Basel, Karger, 1982.
- Plinio, C., *Historia natural. Traducida y anotada por Francisco Hernández, médico de S. M. Felipe II*, Madrid, Visor, 1998.
- Pounin, O., *Guía de campo de las flores de Europa*, Barcelona, Omega, 1974.
- PO, Quevedo, F. de, *Poesía original completa*, ed. J. M. Blecua, Barcelona, Planeta, 1981.
- Quevedo, F. de, *Los sueños*, ed. I. Arellano, Madrid, Cátedra, 1999.
- Quevedo, F. de, *Obras de don Francisco de Quevedo y Villegas*, ed. A. Fernández-Guerra y Orbe, Madrid, Atlas, 1946.
- Quevedo, F. de, *Obras completas, Obras en prosa*, ed. F. Buendía, Madrid, Aguilar, 1974.
- Vallés, F. de, *Libro singular o de la sagrada filosofía*, tr. E. Sánchez y F. Villarán, Madrid, Cosano, 1971.